

**M. MALDONADO ALEMÁN.** *Texto y comunicación.* Madrid, Fundamentos, 2003, 221 págs. y **N. GARCÍA CANCLINI.** *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad.* Barcelona, Gedisa, 2004, 223 págs.

Al comparar los títulos de estas dos publicaciones, se puede llegar a la conclusión del escaso carácter referencial de los títulos para el potencial lector. El de la obra de Manuel Maldonado Alemán evoca una detallada aproximación metodológica para engarzar analíticamente el texto con la comunicación y nos encontramos con lo que podría considerarse un ensayo, con una crítica reflexión sobre los distintos modelos teóricos de la comunicación y de entender el texto, y, por lo tanto, de establecer la relación entre texto y comunicación. Además, se hace con una clara tesis, que permite dialogar con tales modelos y, de paso, enfrentarse a ellos, mostrando así su potencialidad. Podría decirse que es puro ensayo. Y lo que el lector creía que iba a encontrar se ve modificado. Se encuentra ante otro género, otro lenguaje. Una sorpresa de la que se sale ganando.

El texto de García Canclini apuntaba a ensayo. A uno de los transparentes análisis, a los que nos tiene acostumbrado el autor, sobre los procesos culturales en la globalizada época que nos ha tocado vivir. A ensayo de época, de los que busca capturar el aire del tiempo. Y claro que hay suficiente densidad intelectual y material para que así sea considerado. Sin embargo, el hilo de la reflexión más importante del texto entra de lleno en la metodología de las ciencias sociales. Se plantea, nada más y nada menos, que el significado de esta metodología en sociedades globalizadas.

Para quienes los textos y las comunicaciones son fundamentalmente ventanas para observar la sociedad, la tesis de Maldonado Alemán es prometedora: «una

*concepción dinámica de los conceptos de texto y comunicación que presentamos en este estudio, permitiría entender y analizar con mayor amplitud y profundidad la transformación de los hábitos culturales que se están produciendo en nuestra sociedad como consecuencia del predominio de las nuevas tecnologías de la información»* (pág. 12). Pero también descubre parcialmente sus cartas: no se ofrece tanto las herramientas que articulan la relación entre texto y comunicación como que se habla de una supuesta concepción dinámica y, por lo tanto, cambiante: ¿en función del contexto inmediato? ¿de la situación? ¿del contexto histórico?

Relación cambiante; pero bajo una afirmación que se defiende a lo largo de toda la monografía: el carácter determinante de la comunicación sobre el texto. Es posible que el propio autor se encuentre a disgusto con tal afirmación, que se defiende con el argumento de que sólo habla de distintos niveles. También es posible que subrayarse que aunque el nivel explicativo de la comunicación sea superior al del texto; tampoco podría explicarse la comunicación sin los textos que se utilizan en su proceso, cuando se trata de comunicación textual. Pero desde las iniciales rotundas críticas al estructuralismo, apoyadas en Bühler, por negar la comunicación, a la constante reivindicación de la acción práctica, la figura de los sujetos en la comunicación y la consideración del lenguaje como instrumento, hasta la final inserción de la escritura en la interacción social, es la comunicación la dimensión que ocupa, con razón, la posición dominante de la relación.

La comunicación en Maldonado Alemán es siempre una comunicación con sujetos. Entre sujetos. Desde los sujetos, lo que conducirá progresivamente el estudio hacia presupuestos cognitivos. Una forma de entender la comunicación que exige criticar y distanciarse de modelos, como el cibernético de Shannon y Weaver, a pesar de que se siga utilizando, hasta la saciedad, en las aulas sobre comunicación social. Aunque sea para negarlo, son pocas las enseñanzas concretas de comunicación social que se niegan a partir de este modelo cibernético. La razón del rechazo de Maldonado Alemán de este modelo es clara: no es comunicación humana, sino comunicación técnica. Es una comunicación entre máquinas, donde no parecen haber sujetos. Sin embargo, son los sujetos los que hacen la comunicación. En los sujetos —sociales, podría añadirse aquí si no fuese cierto pleonazgo— es donde se encuentra el sentido de la comunicación.

La obra se hace eco de una evolución que planea sobre el conjunto de las ciencias sociales; pero especialmente sobre aquellas vinculadas de forma directa a la comunicación. El modelo cibernético original parte de la negación del sujeto; pero la reformulación de éste, en la denominada cibernética de segundo orden, es el que ha sentado las bases de lo que hoy es la extensa familia del constructivismo, donde el lugar del sujeto es central. Un recorrido que es, sobre todo, un movimiento pendular. Capaz de alcanzar la desaparición del sujeto en el denominado constructivismo radical, donde el sujeto también es una construcción de los procesos. Pues bien, *Texto y comunicación* también sigue parcialmente este camino: un excesivo detenimiento en la trayectoria del constructivismo, del cómo se construye el constructivismo, con especial dedicación a la relevancia de los estudios sobre el cerebro.

En la segunda parte de la monografía, se entra de lleno en las formas de enten-

der el texto. Las preguntas iniciales son tan radicales, como de gran interés: ¿cuáles son las normas constitutivas de la textualidad? Comienza la respuesta con la identificación de los elementos del texto. Tal vez un ejercicio algo prolijo para las características generales del texto. Es más, en estas páginas se asemeja a un manual. Además, aquí no se halla la respuesta. Para buscarla, se bucea en lo que se presenta como distintos modelos de entender el texto.

En el modelo transfrástico: «*un texto no es más que una secuencia lineal de oraciones, organizadas en torno a mecanismos cohesivos*» (pág. 80). Pero tal cohesión no se encuentra en ese material que es el texto. La cohesión, nos dice el autor, viene dada, sobre todo, por el conocimiento del mundo. Por el conocimiento del mundo que tienen los que se encuentran en la situación textual. Por lo común. Por la comunicación.

Desde el modelo semántico, el texto constituye un conjunto semánticamente uniforme, en el que se dan distintos planos y niveles de significación. Todo texto es, semánticamente, un tema (contenido o núcleo), que se encuentra analíticamente por un proceso de abstracción que denomina *generalización*. Un proceso en el que nos encontramos nuevamente con un concepto que atraviesa todo el estudio: coherencia.

En el modelo semántico, ya no vale con la previa coherencia o sentido común sobre el mundo. Se añade la coherencia temática como elemento que define el texto en este modelo. Así, se es testigo del creciente protagonismo que tiene el concepto de coherencia a la hora de enfocar los distintos modelos. Y surge la sospecha de estar ante un camino sólidamente trazado hacia posiciones cognitivistas. Sospechas que irán afianzándose, hasta que se alcanza el anuncio de que la meta del texto, tanto del aquí objeto de recensión como de todo texto, ha

de explicarse desde razones inscritas en el cognitivismo.

El modelo semántico ha sido el más interesante para el análisis sociológico dominante. Para el que busca la sociedad a través de las palabras, frente a la sociolingüística que busca el lenguaje a través de la sociedad. Un modelo que busca la jerarquía del texto, al encuentro de una macroestructura que dé sentido del conjunto del texto. El desarrollar cómo establecer estas búsquedas hubiera conducido la obra hacia el nivel metodológico y, sobre todo, el nivel tecnológico, siguiendo el esquema de Bachelard. Pero se desecha tal misión para evitar confusiones: *«la lingüística textual no ha logrado desarrollar hasta ahora procedimientos precisos y detallados que permitan determinar con claridad y de forma adecuada la estructura temática de un texto»* (pág. 96). De momento, sólo existen principios generales: recursividad, derivación, compatibilidad. No obstante, habría que subrayar que tales principios generales pueden convertirse en preciosos recursos para el analista de lo social.

En el modelo comunicativo, el texto es una acción. El texto pasa de los códigos a pertenecer al habla. Modelo que podría denominarse, sin excesivo esfuerzo, modelo pragmático y pasar a considerar el texto como un acto. Táctica del autor para implícitamente defender así que *su modelo*, el cognitivo, también es pragmático. Así pueden casarse las dos grandes concepciones actuales en las ciencias sociales: pragmatismo y perspectiva cognitiva: ¿quién no es hoy en las ciencias sociales pragmatista o constructivista?

El modelo cognitivo abre la puerta al receptor en la construcción del texto. Se llega así al final de una etapa que empezó con un modelo sin sujeto (estructural). Ahora se sitúa al sujeto en el centro. El texto es una huella de los sujetos. La falta de coherencia del texto es una huella que habla de los sujetos, más que del texto,

que la denuncia. Pero este modelo implica ya la comunicación: *«por esa razón estimamos conveniente conceptualizar el texto, en términos generales, no como signo, sino como señal física carente de significado»* (pág. 126). Señal —mero instrumento material— para la comunicación. Eso sí, para una comunicación entre sujetos. Lo que tiene sentido es el comunicado. Prevalencia de la comunicación sobre el texto. Invitación a ver en el texto la comunicación. Es decir, la interacción social. La tercera parte del libro desarrolla extensamente el enfoque cognitivo.

De *Diferentes, desiguales y desconectados*, se van a entresacar sus consecuencias metodológicas. Razón por la que viene aquí esta obra. Pero ¿es un texto sobre la metodología de las ciencias sociales? Desde el inicial, largo y detallado diálogo con *La distinción* de Bourdieu podría afirmarse que lo es. Así, en tal diálogo, se sitúa García Canclini próximo a las respuestas de Grignon y Passeron: *«Para comprender las relaciones interculturales y la efectiva potencialidad política de los sectores populares, hay que hallar un camino intermedio: entre el discurso etnocéntrico elitista que descalifica la producción subalterna y la atracción populista ante las riquezas de la cultura popular que soslaya lo que en los gustos y consumos populares hay de escasez y resignación»* (pág. 71). Hay una propuesta continua de *camino del medio*, que puede considerarse la proyección metodológica de una categoría con extenso uso en la actualidad sociológica, como es la de ambivalencia.

Es cierto que en el ensayo de García Canclini hay una propuesta política. Habla en términos de elección necesaria, de derechos y de ciudadanía, considerada ésta como: derecho a la diferencia, derecho equitativo de acceso a bienes y la conexión a bienes interactivos. Incluso, podría decirse que no parece que hable como antropólogo o sociólogo, sino

como intelectual o un pensador crítico de América Latina, aun cuando su argumentación se apoye en científicos sociales: Bourdieu, Grignon, Geertz... sin hablar —en un principio— de sus metodologías. Sin embargo, cuando aborda la epistemología de los medios y los *shoppings* (centros comerciales) algo nos invita a pensar en la relación con la metodología. Sobre todo, en un país, como España, donde el pensamiento crítico en las ciencias sociales ha cabalgado sobre la metodología. Pero lo que convierte el aparente ensayo cultural en una monografía metodológica es el núcleo de la propuesta del autor de esta obra, cuando se pregunta (pág. 90) si es posible y deseable un replanteamiento epistemológico de las disciplinas sociales para establecer criterios universales de validación del conocimiento basadas en una racionalidad interculturalmente compartida. Una propuesta que, tal vez como no podía ser de otra forma, parte de las llevadas a cabo por Geertz y llevadas al extremo por la denominada antropología posmoderna. Desde tal punto de vista, puede decirse que parece que el objetivo de García Canclini es moderar la posmodernidad, el discurso posmoderno de las ciencias sociales o los debates epistemológicos posmodernos. Moderación en dos sentidos. Situándose como árbitro y rebajando la intensidad de las oposiciones entre la visión moderna y la visión posmoderna.

¿Cuál es el camino (método, al fin y al cabo) en el que nos sitúa García Canclini?. Tomamos las palabras del propio autor: «*se requieren, al menos, tres operaciones: a) incluir en la exposición de las investigaciones la problematización de las interacciones culturales y políticas del antropólogo con el grupo estudiado; b) suspender la pretensión de abarcar la totalidad de la sociedad examinada y prestar especial atención a los hechos; c) recrear esta multiplicidad en el texto ofreciendo la plurivocalidad de las ma-*

*nifestaciones encontradas, transcribiendo diálogos o reproduciendo el carácter dialógico de la construcción de interpretaciones. En vez del autor monológico, autoritario, se busca la polifonía, la autoría dispersa»* (pág. 106). ¿Vale con un cambio de retórica, pues estamos en el nivel de la expresión, que obligue al autor a esconderse como autor, a esconderse en otras voces, a negar que es, en definitiva, el productor del coro de voces? El debate, con bastantes de las características del debate que se estableció sobre la propia antropología posmoderna, parece reabrirse.

Es conocida la frase del autor que separa la «velocidad de observación» de antropólogos, sociólogos y economistas, y la derivación en «distintas metodologías» de tal velocidad. ¿Es posible vincular las distintas epistemologías y metodologías y, por lo tanto, velocidades? Para García Canclini es necesario. De hecho, siguiendo al autor, la globalización está cambiando la forma de relacionarse de la antropología con otras disciplinas. La interculturalidad de las actuales sociedades desemboca en interdisciplinariedad. Tal vez en otra forma de entender las ciencias sociales menos cerradas en disciplinas y titulaciones excluyentes. En el actual momento de discusión sobre el lugar de nuestras —respectivas y particularizadas— ciencias sociales en la Universidad, donde cada titulación defiende guerrera-mente su parcela ampliando su campo con la exclusión de las otras titulaciones, la afirmación puede sonar a bomba de relojería.

Es posible la relación entre el *small* (antropólogo) y el *extralarge* (sociólogo y economista). Para ello, propone que cada uno se inserte en campos ajenos —y, por lo tanto, de distinto tamaño— con los instrumentos legitimados en su disciplina. Es cuando el diálogo con los autores se convierte en una reflexión metodológica: «*Analizar a estos dos autores* [Geertz y

Bourdieu] *servirá para plantear el problema de la subjetividad y la objetividad del conocimiento en relación con las configuraciones institucionales*» (pág. 85). Una reflexión que hay que leer como generación de un globalismo metodológico adaptado a la creciente globalización de nuestros objetos de análisis e investigación. Objetos híbridos requieren metodología asimismo híbridas. Ahora bien, me-

todologías globales o, como aquí se las ha denominado recurriendo a un término que estará vinculado por mucho tiempo a García Canclini, híbridas, requiere, como se extiende en desarrollar nuestro autor en el capítulo siguiente, un sujeto político. Convierte al investigador en sujeto político. Lo que siempre ha sido.

Javier Callejo